

Juan Valjean volvió al día siguiente á la misma hora.

Cosette no le hizo preguntas, ni mostró admiración, ni dijo que sentía frío, ni habló mal de la sala; evitó al mismo tiempo llamarle padre y señor Juan; dejó que la tratase de vos y de señora. Notóse, sin embargo, que estaba menos alegre. Hasta triste hubiera estado; pero no le era posible.

Probablemente habría tenido con Mario una de esas conversaciones en que el hombre amado dice lo que quiere, y, sin explicar nada, satisface al objeto de su cariño. La curiosidad de los enamorados no se extiende á mucho más que su amor.

La sala baja estaba algo más elegante. Vasco había suprimido las botellas, y Nicolasa las arañas.

Las visitas continuaron siendo diarias. Juan Valjean no tuvo valor para ver en las palabras de Mario otra cosa que la letra. Mario, por su parte, se ingenió de manera que siempre se hallaba ausente, cuando Juan Valjean iba. Las personas de la casa se acostumbraron á aquel nuevo capricho del señor Fauchelevent. La tía Santos contribuyó á ello, repitiendo que «su amo había sido siempre así». El abuelo decretó que «era un extravagante».

Esto bastó. Además de que á noventa años no son posibles ya las relaciones amistosas; todo es justaposición; un recién venido es una molestia. No hay sitio para él; todos los hábitos están adoptados. El señor Gillenormand se alegró de verse libre del señor Fauchelevent ó Tranchelevent, y añadió:

—Ese género de extravagantes es muy común. Ejecutan toda clase de rarezas sin motivo. El marqués de Canaples era peor aún, pues compró un palacio para vivir en las buhardillas. Son apariencias fantásticas de ciertas gentes.

Nadie entrevió la siniestra realidad. ¿Ni quién había de adivinar semejante cosa? Hay pantanos así en la India. El agua presenta un aspecto extraordinario, inexplicable, estremeciéndose sin que la impulse el viento, mostrando agitación, cuando debiera estar tranquila. Se mira su superficie, y no se ve la hidra que se arrastra en el fondo.

Muchos hombres tienen también un monstruo secreto, un mal que alimentan, un dragón que los roe, una desesperación que habita en su noche. Ese individuo se asemeja á los demás; va y viene, ignorándose que lleva dentro de sí un horrible dolor parásito que le devora con sus mil dientes, hasta dejarle muerto. Bajo este punto de vista, el hombre es á manera de un remolino, donde el agua, aunque estancada, tiene gran profundidad. De vez en cuando se nota cierta conmoción incomprensible en la superficie. Fórmase una onda misteriosa, que se desvanece y vuelve luego á aparecer. Una burbuja de aire sube y revienta. Es la respiración del animal desconocido.

Algunas costumbres extrañas; por ejemplo, llegar á la hora en que los demás se marchan, ocultarse cuando los demás se dejan ver, no abandonar nunca la capa de tristeza, buscar el paseo solitario, preferir la calle desierta, no mezclarse en las conversacio-

nes, evitar los sitios concurridos y las fiestas, parecer que se está bien y vivir pobremente, tener, aunque rico, la llave de su casa en el bolsillo y la vela en la portería, entrar por la puerta falsa, subir por la escalera secreta; todas estas singularidades insignificantes, ondas, burbujas de aire, pliegues fugitivos en la superficie, provienen muchas veces de un fondo formidable.

Varias semanas transcurrieron así. Poco á poco entró Cosette en una vida nueva; el matrimonio crea relaciones, las visitas son su necesaria consecuencia, y el cuidado de la casa ocupa gran parte del tiempo. En cuanto á los placeres de la nueva vida, no eran costosos para Cosette, pues se reducían á uno sólo: estar con Mario. Su principal gloria era salir con él y no separarse de su lado. Ambos sentían un placer cada vez mayor en pasearse asidos del brazo, á la faz del sol, á la vista de todos, los dos solos.

Cosette experimentó una contrariedad. La tía Santos no hizo buenas migas con Nicolasa y se marchó. En cuanto al abuelo, su salud era excelente; Mario defendía de tiempo en tiempo algunas causas; la señorita Gillenormand pasaba agradablemente junto á la nueva familia la vida lateral que parecía bastarle. Juan Valjean iba todos los días.

Sustituido el vos al tú, y las expresiones señora y señor Juan á las de su trato familiar antiguo, encontrábase Cosette distinto de lo que antes era. Hasta el empeño que había tomado en separarla de él le salía bien, pues Cosette se mostraba cada vez más alegre y menos cariñosa.

Sin embargo, quería siempre mucho, y Juan Valjean lo conocía.

Un día la joven le dijo de repente:

—Erais mi padre, y no lo sois ya; erais mi tío, y habéis cesado de serlo; erais el señor Fauchelevent, y

sois el señor Juan. ¿Quién sois, pues? No me gustan estas cosas. Si no os conociese, os tendría miedo.

Continuaba viviendo en la calle del Hombre-Armado, porque no podía resolverse á alejarse del barrio donde habitaba Cosette.

Al principio no permanecía al lado de Cosette sino unos cuantos minutos, y luego se marchaba.

Poco á poco se fué acostumbrando á alargar sus visitas, como si también aprovechase la autorización de los días, que iban también creciendo.

Llegaba más temprano y se despedía más tarde.

Cierto día, Cosette le dijo maquinalmente:

—¡Padre!—y un relámpago de alegría iluminó el sombrío rostro de Juan Valjean.

—Llamadme Juan,—fué su única respuesta.

—¡Ah! es verdad,—dijo Cosette riéndose;—señor Juan.

—Eso, eso,—replicó aquel desgraciado, volviéndose para que ella no le viera enjugarse los ojos.

III

UN RECUERDO DEL JARDÍN DE LA CALLE PLUMET

Fué la última vez. Después de aquella claridad, verificóse la extinción absoluta. No más familiaridad, no más buenos días acompañados de un beso, no más esa palabra tan dulce:—¡Padre mío!

Veíase, pidiéndolo él mismo, despojado sucesivamente de todas sus felicidades; y su mayor miseria consistía en que, después de haber perdido á Cosette de golpe en un solo día, le era preciso perderla ahora otra vez paso á paso.

La vista acaba por habituarse á la obscuridad de una habitación. La aparición de Cosette todos los días: ¿qué más necesitaba? Concentrábese su existencia en aquella hora, empleándola en estar sentado junto á ella, en mirarla sin despegar los labios, ó bien en hablarle de los años transcurridos, de su infancia, del convento y de sus amiguitas de otra época.

Una tarde... Era uno de los primeros días de abril, en que el calor alterna con la frescura. El sol desplegaba aún toda su pompa; los jardines, que circuían las ventanas de Mario y de Cosette, experimentaban la emoción del despertar, la ogiacanta iba á florecer, los alelíos adornaban las viejas paredes, las bocas de jobo sonreían en las hendiduras de las piedras,